

La danza del oso

SERGIO C. YÁÑEZ

SERGIO C. YÁÑEZ

LA DANZA
DEL OSO



Ilustración de portada: Fragmento de *La batalla de Alejandro en Issos* (1529),
del artista Albrecht Altdorfer (1480-1538).

Primera edición: diciembre 2025

© Sergio C. Yáñez

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-26480-2025
ISBN: 978-84-19431-67-7

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023
www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

*A los chicos de Mooreeffoc,
que heredarán la tierra*

La belleza de un movimiento no se refleja solo en su apariencia, sino en el pensamiento detrás de él.

SIEGBERT TARRASCH

Índice

Págs.

LIBRO I

LA APERTURA

DRAMATIS PERSONAE	13
CAPÍTULO I	17
CAPÍTULO II	23
CAPÍTULO III	29
CAPÍTULO IV	37
CAPÍTULO V	43
CAPÍTULO VI	49
CAPÍTULO VII	55
CAPÍTULO VIII	67
CAPÍTULO IX	73
CAPÍTULO X	81
CAPÍTULO XI	93
CAPÍTULO XII	101
CAPÍTULO XIII	105
CAPÍTULO XIV	109
CAPÍTULO XV	115
CAPÍTULO XVI	119
CAPÍTULO XVII	127

	<i>Págs.</i>
CAPÍTULO XVIII	131
CAPÍTULO XIX	145
CAPÍTULO XX	153
CAPÍTULO XXI	163
CAPÍTULO XXII	181
CAPÍTULO XXIII	193
CAPÍTULO XXIV	211
CAPÍTULO XXV	223
CAPÍTULO XXVI	229
EPÍLOGO	235

LIBRO I
LA APERTURA

Dramatis Personae

En Harcourt:

YSABEAU D'AIRELLE: primogénita de los señores de Bresse, escudera en Harcourt. Su emblema es un león rampante.

RODERICK SENDULLA: segundón de los condes de Traungau. Su emblema es un dragón en vuelo.

WILLIAM PARSLEY: segundón de los duques de Hagustald. Su emblema es una rosa blanca.

HUGO D'AIRELLE: hermano menor de Ysabeau, recluta en Harcourt.

CHARLOTTE DE METZ: amiga de Ysabeau, escudera en Harcourt. Su emblema es un almendro en flor.

GUILLET LAMBILOTTE: escudero de Harcourt.

ALBERT DE CROÝ: nombre dado en parte de esta historia a su alteza imperial el príncipe Klaus Radolin de Teck, hijo y heredero del emperador Alexander y la emperatriz Zelinda.

LADY OPHELIA GORMSDÓTTIR: gobernanta de la casa del príncipe Klaus.

SIR BERNARD DE LOREIGNAC: profesor de doma de los reclutas del colegio de Harcourt.

LADY ASTRID: profesora de protocolo de los reclutas y escuderos del colegio de Harcourt.

PADRE THOMAS: capellán de Harcourt.

CORONEL HAPP: condestable de la ciudadela de Harcourt.

ALIXANDRE FLEURY, LA FUENTE: director del colegio de la fortaleza de Harcourt.

En Kowalina:

SU MAJESTAD IMPERIAL ALEXANDER RADOLIN: emperador del Imperio Occidental de Visegrado. Su emblema es un jabalí.

SU MAJESTAD IMPERIAL ZELINDA DE TECK: emperatriz del Imperio Occidental de Visegrado. Madre del príncipe Klaus.

SU ALTEZA IMPERIAL LA PRINCESA ALESSIA COLONNA: primera mujer del emperador Alexander. Madre de Ada y Elba. Su emblema es una columna por la que trepa una serpiente.

INFANTA ADA RADOLIN COLONNA: primogénita del matrimonio malogrado entre Alexander y Alessia.

INFANTA ELBA RADOLIN COLONNA: hermana pequeña de Ada.

HANTZ VAN DER GELD: barón de Pomerania, síndico de la Guilda de los Mares del Norte (también llamada Hansa). Viudo de Efigenia Grüller y padre de Albrecht y Elisie.

ALBRECHT VAN DER GELD: primogénito de Hantz van der Geld y Efigenia Grüller. Cadete de la Guardia Imperial.

ELISIE VAN DER GELD: hermana menor de Albrecht.

DOCTOR ALOYSIUS: preceptor de Elisie van der Geld.

GUSTAV: mayordomo de los Van der Geld.

SIR ALANOS FÜLLA: embajador del Imperio en los reinos orientales. Los Fülla son la familia de diplomáticos más eminentes de Kowalina.

BERTHOLD WOLF: amigo de Albrecht van der Geld. Nadie conoce con precisión el origen de la fortuna familiar.

LESZEK FÜLLA: sobrino de sir Alanos.

SEÑOR HAUSSMAN: propietario de una de las tiendas de carne de caza más reputadas de Kowalina.

MARISCAL TÖTT: capitán general de los ejércitos. Apoyo incondicional de la emperatriz Zelinda.

Capítulo I

—¡Al fin una bienvenida a mi altura! —se vanaglorió Roderick Sendulla tras atravesar la Puerta Mayor y ver las guirnaldas que colgaban de un lado a otro de la calle.

Cabalgaba con el puño apoyado en la cintura y el pecho hinchido, como si estuviera posando para un retrato. A sus diecisiete años tenía una planta imponente, pero pensar que el revuelo de la ciudadela de Harcourt fuera en su honor rozaba la egolatría. Roderick Sendulla era, entre otras cosas, un fanfarrón. Era de los Condados Centrales y estudiaba en el último curso del colegio de Harcourt, lo que según la tradición lo convertía en escudero.

—No es por nosotros, papanatas —terció William Parsley, observando a la multitud a uno y otro lado de su montura—. ¿No sabes qué día es hoy?

Sendulla se lo quedó mirando:

—¿Papanatas? ¿A ti te parece serio referirte a un Sendulla, y no a un Sendulla cualquiera, sino al futuro capitán de los Cinco Condados Centrales, como *papanatas*?

—Es lo menos que se puede decir de alguien que se considera más importante que santa Clotilde... Ah, y no quiero que te vengas abajo, pero lo de *capitán de los Cinco Condados* está por ver.

Aunque William Parsley era compañero de curso de Sendulla tenía casi un año menos, lo que no era suficiente para explicar la diferencia de tamaño entre ambos. Sabía, también, que lo que Dios no le había dado en músculo se lo había dado en materia gris. Era de Prydain, la mayor de las islas del Norte.

Ysabeau d'Airelle se mantenía en silencio, aunque asentía con la cabeza mirando a Sendulla. «Tú ponte de su parte», le dijo este. Ysabeau era escudera, como ellos, pero en la misión de reconocimiento que acababan de terminar había actuado como comandante. Todavía lo era, técnicamente, toda vez que aún no habían vuelto al colegio ni Ysabeau había presentado su informe. Era de Bresse, una provincia al sur de Harcourt donde sus padres eran altos señores feudales.

Al llegar a la plaza del Destierro, mientras los dos chicos seguían discutiendo, el ruido de una fanfarria les hizo volver grupas para observar un escuadrón de caballería que pasó como una exhalación ante ellos y giró bruscamente, haciendo rechinar las herraduras sobre el pavés, hacia la zona más noble de la academia: el palacio del condestable.

Así, evitando la gran avenida, el escuadrón pudo eludir a la muchedumbre que salía de la basílica, pues a esa hora ya había terminado la misa solemne por la santa patrona de Harcourt. El

gentío que bajaba a continuar la celebración en el barrio mercante confirmaba las palabras de William Parsley.

—No es por nosotros —Roderick trataba de asimilarlo cuando otra idea pasó por su mente como un ave sigue a otra en la esfera celeste—. ¿Tenemos que pasar por el colegio necesariamente? —preguntó a su superior señalando hacia la taberna con la cabeza, decidido a obtener de la confusión beneficio.

Tras dudar unos instantes, Ysabeau d'Airelle se bajó lentamente de su yegua azabache y la dejó al cargo de unos críos que jugaban junto a la puerta de la cantina. Parsley la miraba disimuladamente, con la atención suficiente para percibir los mohines de dolor que llevaba viendo un par de días. Ysabeau era tan reservada... no solo en razón de su mando, sino como rasgo esencial de su carácter: se habría dejado apresar por los tártaros antes que mostrar debilidad.

No era un caso de orgullo, sino de sencillez, porque detestaba preocupar a nadie o sentirse una carga. Cuánto más, entonces, sabiéndose responsable de dos subordinados que también eran dos amigos. Allí, no obstante, había gato encerrado.

Por mucho que Sendulla lo hubiera olvidado, era en efecto un día grande en Harcourt, el día de Santa Clotilde, y las calles comerciales de la ciudadela invitaban por una vez a postergar el cumplimiento del deber, a recrearse en la espuma blanquísimas de una buena cerveza y perderse en el gentío entre palmadas en la espalda y chistes cuya vulgaridad iba en aumento. Una de las leyes no escritas de Harcourt, y había tantas leyes no escritas que ni siquiera los profesores más veteranos podían aspirar a conocerlas todas, consistía en que la relajación de las costumbres

del día de Santa Clotilde era, paradójicamente, una muestra de reverencia hacia la patrona de la ciudadela.

Había puestos de ostras y mejillones, que traían el aroma a salitre del mar cercano, y frente a ellos largos bancos repletos de gente donde se degustaban chuletas sajonas y gruesas lonchas de panceta churruscada (la única forma honorable de comer panceta). Se oían canciones y carcajadas: se respiraba un sentimiento de comunidad que aplazaba tanto la rivalidad entre los reclutas como los rigores del horario y el escalafón.

Todos los compañeros del colegio estaban allí, y algunos profesores, y, lo que era aún más excepcional, los reclutas coincidían también con los cadetes de la academia, y para Sendulla y Parsley era un doble motivo de orgullo alternar con ellos sin haberse quitado siquiera la ropa de campaña, pues mientras los demás llevaban sus uniformes de gala (indudablemente elegantes, pero poco aptos para la acción) ellos tenían el aspecto de hombres jóvenes curtidos en mil batallas.

Algo más tarde, en el apogeo de la celebración, Ysabeau se acercó a Sendulla:

—Voy a presentar el informe. Si queréis quedaros...

Claro que querían quedarse, y lo hicieron, pues sabían que ella nunca hablaba con doble sentido ni se andaba con formalismos. Se dispusieron a zambullirse de lleno en la algarabía, recibiendo parabienes y exagerando el riesgo de la misión que acababan de cumplir.

Cómo crujían los gritos y las risas bajo el sol de aquella mañana, cómo alegraban la música y la cerveza los corazones bajo el cielo profundo, y qué magnífico día de indulgencia fue aquel.

Unas horas después, mientras la mayoría de su curso roncaba a pierna suelta, la escudera Ysabeau d'Airelle permanecía en los baños esperando a que el criado volviera con un balde de agua bien caliente.

—Está bien —le dijo cuando por fin regresó—. Puedes retirarte.

—¿Queréis que avise a una ayudante?

—Quiero que me dejes sola. —El tono le debió parecer insolente a ella misma, pues añadió—: Eso es todo, gracias.

Se quedó sentada en el banco. Se había quitado la capellina¹ hacía horas, pero aún llevaba el casquete de tela que recogía su indisciplinada melena cobriza. El único ruido que podía escucharse era el del agua helada que caía desde unos caños situados a unos seis pies² del suelo.

Unos ojos adolescentes la observaban desde detrás de la celosía que separaba los baños, ojos que renovaron su interés cuando Ysabeau trató de levantar el balde de agua por encima de su cabeza y, tras dejar escapar un gemido, se vio obligada a dejarlo sobre el banco. Optó —entonces sí— por deshacerse de la capucha y dejar que los rizos que tan poco le gustaban se deslizaran suavemente sobre sus hombros. Después desanudó el extremo de la venda que tapaba su pecho y comenzó a desprendérse de ella pasándola de delante hacia atrás y de una mano a la otra. Las últimas vueltas de tela estaban manchadas de un rojo muy oscuro, y al levantarlas de su piel Ysabeau no pudo evitar proferir un gruñido de dolor. Cuando la venda hubo caído, la

¹ Pieza de la armadura que cubre la cabeza.

² Tres pies eran (y son), más o menos, un metro.

mirada de Parsley se hizo especialmente inquisitiva. Allí estaba, sobre la espalda de su compañera (terminado su cometido ella había vuelto a ser su igual): un corte oblicuo que recorría toda su espalda y que, aunque había sangrado generosamente, no podía ser muy profundo o Ysabeau se habría desmayado en algún momento de la misión de reconocimiento. Parsley no necesitaba —ni debía— ver más, así que se retiró sin poder evitar sentir el orgullo de llevar razón y la culpa de haber espiado a su amiga.

Capítulo II

Amanece sobre Harcourt. El sol inunda su fachada para desperezar a sus habitantes, pero llega tarde: desde hace horas los ayudantes cepillan las monturas, engrasan las correas de los petos y tahalíes o deshollinan las gargantas de las chimeneas, según el oficio y condición de cada uno. Hay mucho que hacer en la ciudadela más importante del Gran Imperio Occidental de Visegrado; es necesario prepararlo todo para que los que un día serán oficiales del ejército, altos funcionarios o ministros del emperador estudien los idiomas de los confines del mundo, entrenen la doma o aprendan a curtir la piel de un jabalí.

El lienzo principal de la muralla está rematado en cada esquina por una torre rechoncha forrada de estandartes. La de la izquierda, el torreón occidental, luce uno especialmente vistoso: una banderola blanca como el lomo de un arniño que ondea entre las demás con majestuosa lentitud. En su parte inferior está bordado un sol de dieciséis rayos: es el símbolo del colegio de Harcourt, que se levanta tras él y que llega hasta donde empieza el bosque de Brécilien.

Ser admitido en el colegio es un privilegio, pero también el primer paso de una vida de trabajo y responsabilidad. Los bibliotecarios rastrean los árboles genealógicos de los candidatos buscando un tío abuelo traidor, una madrastra apóstata o cualquier otro motivo de exclusión. Por si fuera poco, durante el primer año se martiriza a conciencia a los reclutas como el carníceros golpea la carne con un mazo para ablandarla convenientemente, pero también para detectar a los débiles, los brutos y los ignorantes. De los que quedan, solo los más voluntariosos lograrán graduarse en el colegio y afrontar el siguiente reto. Dos principios habrán calado ya en ellos profundamente: que la disciplina es más importante que la motivación y el esfuerzo más poderoso que el talento.

Entonces ya serán adultos, y tendrán que tomar la primera decisión crucial de sus vidas: elegir entre la universidad y la academia militar, entre la vida civil y la castrense, entre la pluma y la espada. A algunos, como a Sendulla, la decisión les viene dada, pues su familia lo ha enviado a Harcourt para convertirse en capitán de las mesnadas de los Condados Centrales, pero es cada alumno quien debe decidir su destino, pues el contestable sabe, como todos los contestables antes que él, que solo el hombre libre puede cumplir su misión en el mundo.

Ambas están tras los muros de Harcourt: tras la torre oriental, llena de banderolas con los escudos de poderosas familias, ondea un pabellón granate. Allí se encuentra la academia militar. Detrás de la academia, al norte, ya casi sobre el mar, los alumnos de la universidad se dirigen puntuales a escuchar las lecciones.

Como la impedimenta que sigue al ejército, en Harcourt es necesaria una densa red de proveedores y artesanos, de co-

merciantes y cómicos, de funcionarios y cocineros. La ciudadela tiene que satisfacer las necesidades que ella misma genera. Es enorme; una de las ciudades más grandes del Imperio. Y allí, en el centro del laberinto de calles se elevan las agujas de la basílica, que late para toda la ciudadela como un corazón de piedra y cristal.

Esa es Harcourt, la ciudad donde los niños se hacen adulteros al servicio del Imperio Occidental de Visegrado. Semillero de la élite militar y burocrática que ha sometido al continente con mano de hierro durante cinco siglos.

Poco tiempo después la unidad al completo se ejercitaba en el patio de la arquería, una placita alargada que servía como galería de tiro. Como de costumbre, Roderick Sendulla se divertía impresionando a todo el mundo con su destreza en el manejo del arco compuesto. Si los demás tenían que hacer algunos cálculos respecto al viento y la elevación de la flecha, la velocidad que Roderick era capaz de transmitirle al proyectil le evitaba preocuparse por zarandajas: simplemente apuntaba hacia el centro de la diana y la atravesaba. Los más entusiastas sostenían que una vez había clavado una flecha en la propia piedra, y que todavía podía verse la marca en una de las paredes. Sendulla nunca había desmentido la historia. «No recuerdo, no recuerdo», decía, y era verdad que no la recordaba, pues nunca había ocurrido.

Parsley observaba cómo su compañero colocaba el astil de la flecha sobre las cuerdas de cáñamo con el hastío de saber cuáles serían las palabras exactas de Roderick y dónde impactaría la flecha. Una voz lo sacó de su contemplación.

—¿Te gustó el espectáculo?

El flequillo pajizo de Parsley no ocultaba el rubor que inflamó sus mejillas, así que decidió rescatar toda la dignidad que pudo afrontando directamente a su interlocutora. Y había mucho que afrontar, porque Ysabeau parecía estar a punto de emprenderla a golpes con él.

—Sabes que podría hacer que te expulsaran, ¿verdad? Podría hablar con ese vigilante... sería cuestión de minutos.

Lo que más detestaba Parsley era que lo pillaran en falta, pero era todavía peor ser acusado de algo que no había hecho... al menos no exactamente.

—Nos ocultas algo. Desde la noche de mi última guardia nos ocultas algo. Imagino que te hiciste esa herida con la rama de algún árbol.

Ella se mantuvo callada. Él decidió pagar por lo que había hecho, pero no *por más de lo que había hecho*:

—Si sabías que estaba allí, también sabrás que me fui después de ver la herida.

Ysabeau hizo un cálculo rápido y concluyó que solo tenía una opción para callar a Will Parsley.

—Escúchame, maldito norteño. Si vuelvo a sorprenderte espiándome, desnuda o con una cota de malla, tras una celosía o a cien yardas de distancia, te juro por mi panteón familiar que te arrancaré los ojos —lo amenazó, envuelta en lava.

William Parsley se quedó paralizado, como aquellos soldados que, según se decía, tras una larga jornada de marcha o una batalla agotadora solo podían dormir superficialmente y, al despertarse, notaban sus miembros rígidos, como si el cerebro hubiera despertado pero estuviera encarcelado en un cuerpo

muerto que no les obedece. No solo nunca la había visto tan enfadada; es que no había imaginado jamás que ella, su amiga, pudiera hablarle así a él. Podía ver las luces y los colores del colegio pasando ante sí, podía sentir una brisa muy ligera en el rostro, pero ninguno de los cientos de músculos del cuerpo del chico era capaz de recibir la orden de moverse. No pestañeaba, y por un momento hasta había olvidado respirar.

Entonces, como una corriente de agua bordearía un arrecife, una riada de alumnos pasó a su lado gritando de pura excitación. Se agolparon en la terraza del patio para observar desde allí la llegada de un grupo de jinetes con todo el aspecto de pisar por primera vez el colegio. Parecían cortesanos más que soldados, como la escolta de un personaje importante o la comitiva de un mensajero imperial. Sea como fuere, a Parsley le vino de perlas.

—Debían de estar abriéndoles camino —dijo ella, sacándolo a él de su marasmo.

William se la quedó mirando.

—Los jinetes que llegaron con nosotros —repitió Ysabeau—. Debían de estar abriéndoles camino. Vamos.

Esta es una historia de un lugar y un tiempo muy remotos, de cuando las vidas se regían por el honor y el compromiso.

Esta es una parte de la historia del Imperio Occidental de Visegrado y de su heredero, el príncipe Klaus.

Este es un libro sobre la amistad.



Parte de los beneficios de este libro irán destinados a la investigación contra el cáncer infantil en la Unidad de Oncopediatría del hospital HM Montepríncipe.



COLLECCIÓN

didaskalosliteratura